

EL FUSIL

siglo II.—Año VI.—Disparo 227

Periódico radical

OFICINAS
Caños, 4, Madrid

PRECIOS
UN AÑO: { Provincias... TRES ptas
Madrid y Extranjeros... SEIS ptas

NÚMERO SUELTO
Corriente, 5 céntos. Extraordin. 10

Mano de 25 ejemplares
50 céntimos

Pago adelantado
En libranza, sobre menedero ó Letras de fácil cobro. No se admiten sellos.

Toda la correspondencia al Administrador

Lunes 12 de Enero de 1903

Homenaje de EL FUSIL A SAGASTA



PREÁMBULO

Al morir Sagasta, EL FUSIL se descubre con respeto y pide á Dios por él, y á él que nos perdone las atrocidades que le hemos dicho en vida.

Pensaba EL FUSIL publicar un número extraordinario con las principales caricaturas que de Sagasta han aparecido en estas columnas. Lo tenía preparado, pero porque no pareciera indelicado y rencoroso, lo retira. Esto no obstante, no puede menos de consagrar el presente número á esa actualidad fúnebre, que ha llenado toda la semana. Para ello retira todas las caricaturas que personalmente pudieran resultarle ofensivas, y reproduce únicamente, como ha hecho el Herald, algunas de las más notables. Resultará, pues, un número ímprobable, pero fusilero.

Y dadas estas explicaciones empezamos.

I ¡No tiréis bombas!

Ha muerto Sagasta. Sus amigos, sus partidarios, todos los españoles, al decir de los periódicos rotativos, están llorando.

Yo creo que todos no. Porque el otro día vi en El Liberal el siguiente espantoso telegrama:

«Barco de Valdeorras 6 (18,80).—Al saberse gravedad Sr. Sagasta, partidarios Quiroga festejaron disparando bombas desde su casa, provocando indignación pública y protesta amigos.—Ricardo.»

De modo que los Quiroga de Valdeorras, lejos de entristecerse y derramar lágrimas como nueces, según las han derramado los periodistas y los vecinos madrileños, se han dedicado al jolgorio y á la broma, como si les hubiera caído la lotería.



¡Qué barbaridad! Ya supongo yo que los de Barco de Valdeorras tendrían sus razones para hacer eso, entre otras razones, el recuerdo espantoso de aquella vez que fué la tropa á cobrarles las contribuciones á tiros y les fusiló á dos ó tres contribuyentes; pero ni esos recuerdos valen.

Señores de Barco de Valdeorras: ¡Haced el favor de no reiros!

Por supuesto, que no son los primeros que hacen eso. Recuerdo que en mi pueblo había un rastrillador de cáñamo; al que se le murió la suegra. Esto no es cuento, que es verdad. Pues, señor, el tal rastrillador y alpargatero estaba trabajando en un pueblo inmediato cuando le avisaron la muerte de su suegra.

Oírlo el rastrillador y tirar los chismes de trabajo, todo fué uno. Inmediatamente cogió una escopeta y se dirigió al pueblo donde estaba la muerta, tirando salvas y dando vivas. Y al llegar á su misma casa, aquel condenado alpargatero tiró un tiro y dió el viva más estruendoso que pudo.

—¡Qué bruto!—decían las comadres.
—¡Qué peca vergüenza!—exclamaban los vecinos...

Pero él, sin hacer caso de nadie, seguía tirando salvas y gritando ¡viva San Roque, que se ha muerto mi suegra!

II ¡No llores tanto!

Afortunadamente, ni todos son valdeorrianos ni rastrilladores.

Al contrario, como digo más arriba, todos están afligidísimos.

Los del Herald y Canalejas lloran como unos desesperados. Los del Diario Universal, hacen pucheros. Los de El Globo, se tiran de los pelos. Los de El Liberal, se rasgan los pantalones. Montero Ríos, gime fuerte. Véga de Armijo, solloza como un bécerro. A Silveira, se le caen unos lagrimones salobres y cristalinos por sus venerables mejillas. A López Domínguez, se le ha puesto la cara larga y se le ha encogido el ombligo de una manera feroz.

Y así, todos. Y así está el aire de España lleno de ayes, mugidos y berridos. Es una tristeza universal. Es un duelo de la patria. ¡Pobre patria, está que no ha de tener más que duelos y desventuras! Un día pierde las colonias, otro día se le aumentan las contribuciones, otro día le fallecen 100.000 soldados, otro día se le apedrean las cosechas, otro día se le muere Sagasta...

¡Ah! en estas amarguras terribles, es cuando vienen bien los amigos que consuelan. Y EL FUSIL, amigo de los españoles, querría consolarlos en esta tristeza inmensa.

Consolarlos, sí; porque parece mal que los extranjeros, al oír llantos en la Península, se asomen á la frontera y pregunten:

—¿Pero qué les pasa á nuestros vecinos? ¿Por qué lloran? ¿Es que les duele la tripa?

—No les duele nada, es que se les ha muerto un grande hombre que tenían: Sagasta.

—¡Ah!

III Felicidades que tuvo el diputado en esta vida

El primer problema que se viene á la consideración de nuestros tristes ánimos, es el siguiente:

¿Por qué lloramos? ¿Lloramos por Sagasta ó por nosotros?

Y de seguro que á esta pregunta contestarán todos sin vacilar:

—Lloramos por Sagasta. ¡Pobrecillo! Está muy bien, porque llorar por nosotros, sería una cochinado y un egoísmo indecente. Lloramos por Sagasta.

Pues bien: yo quiero hacerlos ver que Sagasta no tiene por qué quejarse del mundo. Le ha ido siempre muy bien.

Figurémonos á Sagasta de niño. Si entonces se le hubiera aparecido una maga que le hubiese dicho lo siguiente:

—Te voy á exponer el programa de tu vida; te voy á conceder lo que quieras, contéstame. En primer lugar, ¿cuánto quieres vivir?

De seguro que Sagasta habría contestado: —Setenta años.

—Pues bien, hijo mío; te voy á dar lo que pides y más: vivirás 78 años. Y ahora dime, ¿qué más quieres?

—Que nunca me falte dinero.

—Bueno, hijo, pues nunca te faltará una onza de oro de sobra en el bolsillo. —Y efectivamente, según dice el Herald, nunca



tuvo que cambiar esa onza. —¿Qué más deseas?

—Ser obispo, ó ministro, ó general—habría contestado el niño.

—Concedido, hijo, y todavía más. Te voy á hacer presidente del Consejo, es decir, que vas á mandar en todos los obispos, en todos los ministros, en todos los generales. Si te parece bien, á todos te los podrás pasar por debajo de los pantalones cuando quieras, y todos irán á rendirte parias y si es necesario á limpiarte los borceguines. ¿Qué más deseas?

—Mandar en España tanto como el que más.

—Perfectamente, hijo mío. No sólo te concedo eso, sino que nadie mandará en España más tiempo que tú, ni cobrará más sueldos que tú. Nadie llegará á donde tú llegues. ¿Qué más deseas?

—Que cuando muera yo me entierren en la Basílica de Atocha con los hombres más grandes que ha habido en la nación, y que me lloran los míos, y que los periódicos hagan extraordinarios tremendos, y que cubran las tropas la carrera, y me toquen la Marcha Real, y se vistan de luto la corte, los empleados, los soldados, los coroneles, los generales, todo el mundo.

—Concedido también, concedido al momento. ¿Quieres más?

—Que mientras viva pueda colocar á mi familia en los mejores puestos, darles actas, prebendas, senadurías, carteras, gubernadurías, cátedras, ¡lo que me dé la gana!

—Pues todo eso lo tendrás, hijo, absolutamente todo. ¿Quieres más todavía? ¿Estás ya contento?

—Sí, señora; ya estoy contento.

—Pues me voy ahora mismo á buscar el cuerno.

—¿Qué cuerno es ese?

—El cuerno, de la Abundancia, para derramarlo sobre tu vida. ¡Vas á chuparte bien la breva de este mando!

IV ¡No lloran por él!

Y bien, todo eso que digo más arriba te ha sucedido á Sagasta. Luego es imposible que los que lloran lloran por él.

Completamente imposible. Se comprende que á un trabajador, que vive aperreado, sin una peseta, lleno de hambre y de dolor

